

Prólogo

Compañeros, escribo de memoria
lo que tuve delante de mis ojos.

BLAS DE OTERO

No he tenido nunca la intención de escribir unas memorias. Y eso que se trata de un género literario ampliamente cultivado por los de mi profesión, que han sentido un especial regusto —a veces, una irresistible tentación— por echar mano de la pluma y, sin mayores miramientos ni cautelas, relatarnos sus andanzas, aventuras y experiencias.

Compartía yo la sabia y muy prudente opinión de Sabino Fernández Campo, Secretario y luego Jefe de la Casa de Su Majestad el Rey, quien respondió, a una periodista que le preguntaba si publicaría la crónica de su intensa y larga vida, lo siguiente: «mire, no; porque lo que puedo contar no es interesante, y lo realmente interesante no lo puedo contar». Es una frase ya muy manoseada, pero que encierra un gran fondo de verdad.

Amén de esta reserva, que en el caso de Sabino era más evidente que en el mío —él sabía, sobre ciertas páginas oscuras, cosas que no quiso desvelar—, me salían al paso no pocas vacilaciones al leer algunas obras escritas, dentro y fuera del país, por mis compañeros de carrera. Pero aunque muchos de esos libros deberían haberse quedado en el tintero, también existen espléndidos ejemplos de memorias de diplomáticos, donde los autores aportan elementos de valía para el historiador. Estamos ante obras provechosas, que suelen ilustrar dos parcelas nada desdeñables: ayudar a esclarecer el alcance de acontecimientos de los que han sido testigos, ofreciendo materiales no sacados a la luz, y añadir perfiles novedosos, quizá mal estudiados, a unas figuras con las que ellos convivieron. Son, en el fondo, dos aspectos de una misma realidad.

En el primer caso, tales textos complementan las informaciones disponibles sobre determinados hechos que a los embajadores les ha tocado presenciar, compartir o incluso protagonizar. En el segundo, esos privilegiados fedatarios nos hablan de hombres y mujeres importantes que han visto muy de cerca y han tenido la fortuna de tratar en un marco de confianza y amistad.

Ahí radica su interés: exponer datos nunca aireados de personalidades eminentes, cuyos resortes íntimos son mal conocidos. Porque no es lo mismo analizar a los estadistas de este tiempo a través de sus declaraciones, discursos y actos oficiales, que convivir con ellos en un clima distendido y relajado, donde afloran sentimientos, comentarios y matices directos y espontáneos que, en sus apariciones públicas, siempre procuran ocultar.

En mi biblioteca figuran varios centenares de obras de este tipo, que consulto con frecuencia. Hay de todo. Desde las que ayudan a entender correctamente sucesos, países o personas, hasta las pequeñas bobaditas carentes de valor histórico o literario, que no añaden nada nuevo y sólo envuelven en papeles de colores lo que está más que trillado. Por desgracia, éstas son legión. De ahí mis reticencias: no quería correr el riesgo de adentrarme por caminos donde tantos otros sólo han encontrado el extravío.

Porque pienso que, para que unas memorias —a menudo, un género tramposo— merezcan ser leídas, es preciso que se salgan de la vulgar rutina y suministren algo que valga la pena. Y que, además, su autor consiga evitar tres tentaciones.

La primera, convertirlas en un ajuste de cuentas, en un «ahora te vas a enterar tú de quién soy yo». Las que nacen bajo las cortantes aristas del encono son panfletos escritos al dictado de rencillas, envidias soterradas y rencores mal disimulados. Presentan la agria y hostil cara del libelo, sin mayor predicamento ni sustancia. Para quienes las redactan, pueden ser un desahogo, una pataleta que deja a sus autores el oscuro sentimiento de una misión cumplida, de una venganza consumada; pero, en lo que concierne a los demás, tales expansiones son meras bagatelas. Simplemente, no interesan.

La segunda tentación consiste en perseguir un doble objeto: de un lado, el autobombo, el «yo hice esto y aquello», esa patología tan del gusto del que escribe sobre su propia vida; de otro, el envés de la moneda: una función exculpatoria, un pliego de descargos que suprima, confunda o emborrone comportamientos poco airosos de quienes se deciden a tomar la pluma, con la intención, no siempre lograda, de lañar los tuestos rotos. Suele suceder cuando las cosas se tuercen y, a toro pasado, los protagonistas las quieren enderezar, en un fútil intento de poner a salvo su buen nombre.

En el caso de los políticos, ambas variantes están a la orden del día. Voy a citar un solo campo: el de la Transición. A medida que nos adentramos en la lectura y el análisis de los muchos documentos —libros, diarios, entrevistas y tratados— disponibles, parece que los verdaderos hombres clave, responsables de esa delicada, brillante y exitosa operación, se cuentan por docenas. Basta analizar lo que han dejado escrito, para ver cómo insinúan un «esto es obra mía». No voy a negar que muchos de estos personajes prestaran servicios relevantes, encaminados a llevar a feliz término la recuperación de nuestras libertades; pero la clave, de acuerdo con las sutiles, armoniosas y bien equilibradas leyes de la arquitectura, es sólo una. Y ese hombre clave me dijo, hace

tiempo, que jamás daría a la imprenta sus memorias. Él, que supo sobre aquella época fascinante casi toda la verdad.

En fin, la tercera tentación, muy frecuente entre los funcionarios de esta carrera mía, obedece a un sentimiento muy humano: la pura vanidad. Arranca del convencimiento de que el meridiano de la política exterior, en los años que has sido embajador, ha pasado por debajo de tu mesa de despacho. Y no es así. De ahí que estas pretendidas revelaciones estén plagadas de cominerías, menudencias y tonteras, que a sus autores les parecen transcendentales, pero que para quienes las leen —si es que alguien las lee—, no tienen la más mínima importancia.

Todo esto me frenaba a la hora de añadir mis testimonios a la gruesa gavilla de los muchos existentes sobre tres asuntos relevantes, que he vivido desde dentro: la política exterior de la Transición, la adhesión de España al Tratado de Washington (la entrada en la OTAN, según el lenguaje popular) y la caída de la Unión Soviética, que supuso el fin de la guerra fría. Y ello, aunque varios periodistas me agobiaban con reproches cada vez que sacaba alguno de mis libros. «Eso está muy bien», me decían, «pero, ¿para cuándo tus memorias?». Y lo mismo pensaba Carmen, mi mujer.

¿Qué ha podido suceder para que yo cambie de opinión? De una parte, comprobar cómo el paso del tiempo está borrando, para las nuevas generaciones, hechos cardinales que yo quiero rescatar del desván de los trastos arrumbados. De otra, unas declaraciones mías al periódico *El Mundo*, que causaron un cierto revuelo, con lo que los amigos volvieron a la carga. Empezando por la reportera que me hizo la entrevista, quien, al término de las tres horas que duró nuestra conversación, me señaló: «lo que acabo de oír rebasa el contexto periodístico y exige que sea recogido en las páginas de un libro, para que pueda consultarse en el futuro».

En las obras más recientes sobre Adolfo Suárez, se hacen sólo esporádicas, parciales y muy contadas referencias a su política exterior. Sin embargo, ese apartado representa una de las más brillantes operaciones de la Transición, que tuvo como objeto deshacer algún entuerto, difundir las transformaciones internas y vigorizar, después de tantos años de autarquía y ostracismo, la imagen, el prestigio y el peso específico de España, más allá de sus fronteras. Y eso, en un mundo cambiante y progresivamente internacionalizado, en cuyo tablero de ajedrez se jugaban y se juegan, cada día, partidas a las que no podemos ser ajenos, porque en ellas se ventilan intereses que nos tocan muy de cerca.

Cuando desapareció Calvo-Sotelo, un presidente serio, culto, honrado y con gran sentido del humor —sí, con gran sentido del humor—, me sorprendió el silencio de los medios respecto a lo que fue la principal contribución de su Gobierno a la política exterior: la incorporación de España a la Alianza Atlántica. Un hecho que constituyó un hito fundamental en la normalización de nuestras relaciones exteriores, a la vez que nos dio el impulso decisivo

para el ingreso en las Comunidades Europeas, haciendo posible la plena integración de nuestro país en las instituciones del mundo occidental. Dos logros que abrirían para nosotros, tras más de siglo y medio de aislamiento, las puertas de la modernidad.

Por eso no entendí ese vacío informativo, negligente si no malintencionado, con que los analistas despacharon los éxitos de Calvo-Sotelo en política exterior. Un vacío que me propongo corregir en estas páginas, en aras del rigor histórico, tan vapuleado por las componendas de partido o las rivalidades personales. Es mi manera de contribuir a completar lo conocido sobre tema tan señero. Y de hacerlo sirviendo a la verdad.

Luego vino lo de mis declaraciones al periódico, que paso a examinar. En agosto del año 2009, aparecieron en *El Mundo* mis espontáneas reflexiones acerca de varias materias candentes relacionadas con la rica, compleja y larga trayectoria que ha sido mi carrera. Cuando los compañeros leyeron la entrevista, recibí numerosas llamadas que me insistían en la vieja cantinela: «esto tienes que escribirlo». Y tomé la decisión de redactar no unas memorias —eso no—, sino mis impresiones sobre algunos momentos estelares que me ha tocado presenciar, como se dice en el lenguaje bárbaro de la televisión, «en vivo y en directo».

Venciendo los escrúpulos antedichos, me he lanzado a describir mis andanzas respecto a los tres episodios ya citados, para reavivar viejas imágenes que empiezan a borrarse de mi mente, ordenar apuntes, notas y papeles, y rescatar sensaciones y recuerdos de la voracidad del olvido.

No se trata de sumar una obra más a las que ya han sido editadas, sino de brindar al lector lo que he visto con mis ojos. Cierto es que me veré obligado a copiar algún pasaje de lo dicho por políticos cuyos comportamientos estoy analizando; pero no voy a limitarme a hilvanar citas, informes y refritos, que sólo son relleno y quitarían a este relato su frescura. Ofrecer vivencias y recuerdos es lo que importa de verdad, y la única manera de privar a mi trabajo del rancio olor a naftalina que a menudo emana de las obras de este género.

Lo haré tomando muy en cuenta la opinión de quienes me aconsejaron sentarme delante del ordenador, dispuesto a presentar mis experiencias, exponer hechos poco o nada conocidos y soplar sobre el rescoldo de viejas memoranzas apagadas. Es una complicidad compartida con quienes tanto me han estimulado, a la vez que un homenaje a los que me impulsaron —por fin les hago caso— a emprender esta andadura. De entre ellos, sobresalen dos figuras, muy queridas y respetadas, a quienes tuve la fortuna de tratar desde muy cerca, como luego se verá. Dos hombres que cambiaron la historia de sus países respectivos: Mijaíl Gorbachov y Adolfo Suárez. Ambos me animaron a escribir, en dos inolvidables ocasiones.

El primero de abril de 1992, poco antes de salir definitivamente de Moscú, tras cinco años y medio de embajador en la Unión Soviética y en la Rusia de-

mocrática, fui a despedirme de Mijaíl Gorbachov, que tres meses más atrás había dimitido de su cargo como Presidente de la URSS. Ahora, el que fuera todopoderoso líder de esa gran superpotencia y Comandante en Jefe de un ejército de casi cinco millones de hombres, dotado de ingenios nucleares capaces de borrar todo rastro de vida sobre el planeta Tierra, vivía en un apartamento con Raísa, su hija y su nieta. Eso sí: protegido y respaldado por los que fueron sus antiguos colegas de Occidente.

No me recibió en su domicilio sino en un limpio despachito, aún provisional, de la recién creada «Fundación Gorbachov», sita en los locales de la otrora Academia del Partido Comunista, en la acera izquierda de la Avenida Leningradski. Y allí tuvimos una larga, amistosa y muy confidencial conversación: una especie de confesión general que duró casi dos horas. Muchos de los temas de que hablamos han sido publicados por él en sus *Memorias*; otros no, al menos todavía. Así que no puedo revelarlos, porque no se los contaba a José Cuenca sino al embajador de España. Y una nota sustancial de este oficio mío es la discreción.

Tenía yo con Gorbachov no sólo una buena relación, sino un cierto grado de confianza. Y no quería salir del país sin decir adiós a un hombre al que admiraba, y que me había tratado con tanta deferencia en los cinco últimos años. A esta jugosa entrevista —una de las cumbres estelares de mi actividad profesional—, le dedicaré más adelante la atención que se merece, ya que tuve el privilegio de que me dijera cosas que jamás nadie ha contado. Yo lo haré en la tercera parte de este libro, dedicada a la caída de la URSS. Ahora sólo quiero referir que, cuando nos habíamos levantado para despedirnos, me dijo: «usted tiene la obligación de publicar unas memorias, porque ha sido el único embajador occidental que ha vivido, durante más de cinco años, y en primera fila, la ascensión, la crisis y el final de la perestroika. Y, entre los diplomáticos extranjeros, nadie como usted puede dar fe de tales hechos». Esas fueron sus palabras, de acuerdo con las notas manuscritas que conservo.

Le comenté que no tenía intención de hacerlo. Y le añadí que quien debía escribir las suyas era él, que había protagonizado una de las más apasionantes y audaces aventuras del siglo XX: el intento de transformar el anquilosado y caduco sistema soviético en un régimen de socialismo democrático, basado en la defensa de las libertades, el pluralismo político, la economía de mercado y el imperio de la ley. Una apuesta por la democracia y la modernidad, que él supo diseñar en la segunda mitad de los ochenta, enfrentándose a las más duras y tenaces resistencias de los inmovilistas, que la hicieron naufragar.

En los cinco años previos a nuestra conversación, el que fuera Presidente de la URSS había hablado en mi presencia, varias veces, del gran proyecto de su vida, con el convencimiento de quien ha trazado un plan en el que cree, y la vehemencia que él siempre derrochaba en todo cuanto hacía. Esa mañana me lo repitió una vez más, señalando las razones del fracaso del plan ilusio-

nante en el que había creído. Y lo hizo sin nostalgias ni amarguras, aceptando, con esa conformidad tan peculiar del alma rusa, lo que interpretaba como arcanos insondables del destino. Sólo al tocar un punto se le estremeció la voz, con visible rabia contenida. Fue cuando criticó la deslealtad de alguno de sus hombres más cercanos, y la ceguera, el fanatismo y la traición de quienes perpetraron el golpe de agosto de 1991: esa ola destructiva que acabó por hundir el esquema que, con tanto esfuerzo, él había concebido.

Por eso le pedí informar sobre el cambio radical, audaz y progresista que él imaginó. Y que relatase cómo unos aventureros incapaces, insolventes y ambiciosos sabotearon su diseño de renovación, en aquel verano que hoy parece muy remoto. Un hecho dramático que, sin la enérgica intervención de sus amigos occidentales, incluso pudo haberle costado la vida. Porque los estalinistas que lo depusieron lo tenían sentenciado.

«Tiene usted que contarle todo, para que el mundo entero conozca la verdad», le dije una vez más. Me contestó que estaba en ello, y que había escrito ya casi mil folios por encargo de una editorial germano-americana. Yo me permití bromear, camino de la puerta de salida: «tampoco es eso, Presidente; piense que mil folios podrían ser demasiados». Y le aconsejé que compusiera un libro más breve y manejable, pensando en sus lectores.

No me hizo caso. Al aparecer su obra, que leí con avidez, vi que sobrepasaba las mil quinientas páginas. Qué remedio. Los rusos son así: cuando se ponen a escribir, no hay quien los pare. Baste con examinar su gran narrativa, de antes y de ahora: el *Don apacible* y el *Gulag*, las obras de Fiódor Dostoyevsky y los soberbios monumentos literarios que Tolstoi nos ha dejado.

El segundo de los hombres eminentes que me pidieron redactar unas memorias fue Adolfo Suárez. Y lo hizo en unas circunstancias que nunca olvidaré.

A finales del verano del 2001, me llamó mi amigo Samuel Flores para que fuera con él al «Palomar», una finca de postín que conozco como la palma de mi mano. Adolfo —hijo— y Samuel —hijo— iban a tentar unas becerras, en el albero bien cuidado de la placita aneja a la casa principal. Asistiría su madre —la de Samuel—, tan aficionada al campo y a los toros, y estaría también el Presidente Suárez, que pasaba una corta temporada en la propiedad de sus consuegros, dedicado a dar paseos por senderos que discurren entre jaras olorosas, disfrutar de la familia y, a la caída de la tarde, hacer prácticas de golf sobre el ancho espacio del ejido.

Mi casa de verano está muy cerca, así que acepté la invitación. Y allí me presenté. Adolfo me saludó con el cariño de siempre, envolviéndome en uno de esos abrazos con los que expresaba el afecto a sus amigos. Cada cual se fue a su sitio, se abrieron los chiqueros y empezaron las faenas de la tiente. Desde la tribuna que domina la placita, donde compartía asiento con Noli, la madre de Samuel, presencié cómo ambos diestros se enfrentaban a las reses, mientras los varilargueros tanteaban su bravura. A mí me encantó ver las tres generaciones en la plaza: el hijo, que toreaba; el padre, que ocupaba un burladero

de mampostería, debajo y a la izquierda de nosotros; y el nieto que, sentado en el borde superior de la barrera, y sostenido por su abuelo, aplaudía a los lidiadores. Tres Adolfos en el ruedo.

Terminadas las faenas, toreros y cuadrillas comentaron con el dueño y el conocedor de la ganadería las incidencias de esa delicada operación. Noli se fue con su nuera y con su nieta a una de las frescas dependencias de la casa. Yo felicité a los chicos y me reuní con Adolfo Suárez, padre, frente a la fachada de la casa, donde se extiende una amplia terraza, con su barandal de forja oscura orientado hacia saliente. Desde ella se contempla el fértil valle —campos de alfalfa y tierras de pan llevar, entonces en rastrojo—, regado por las aguas del río Guadalmena, que discurre perezoso entre las altas tierras de Alcaraz y Pico Albo, ya en Sierra Morena.

Mientras el Presidente fumaba un «ducado» detrás de otro, se nos unió Samuel Flores con un par de invitados, que escuchaban divertidos cuanto se decía. Y allí nos contó Adolfo varios episodios en los que yo había participado, con palabras cariñosas hacia mí, y con el mayor afecto por el competente equipo de expertos diplomáticos —Alberto Aza, Pepe Coderch y Eugenio Bregolat— que le asesoraron en Moncloa.

Cuando nos quedamos los dos solos, sentados en unos sillones cara al valle, llegó la hora de las confidencias. Se le veía a gusto, relajado, evocando conmigo los viajes que habíamos hecho juntos, algunos de ellos muy difíciles, en los años 1979 y 1980. Unos viajes en que vendía la imagen de una España joven y dinámica, ilusionada y moderna. Yo le recordé su gallardo proceder frente a las insufribles arrogancias de Giscard, al que no podía ni ver; sus entrevistas con Mohamed Abdelaziz, líder del Frente Polisario, y con Yassir Arafat, que vino al palacio de Viana con un enorme pistolón —«yo creo que era de plástico», se reía— al cinto, bajo su chupa militar. En fin, su visita relámpago a Washington, donde tan fuerte impresión causó en Jimmy Carter, que le ofreció un almuerzo de trabajo en la Casa Blanca y le aconsejó recorrer con su mensaje Oriente Medio, en una iniciativa que me propongo analizar en la parte primera de este libro. Recuerdos de batallas olvidadas que habíamos compartido veinte años atrás.

Así estuvimos cerca de una hora. Al final, me animó a que escribiese mis memorias, para dejar sobre el papel lo que habíamos comentado en esa noche calurosa de septiembre. Cuando le pregunté por sus propias intenciones, fue terminante. Y, contrariamente a Gorbachov, afirmó que él no daría las suyas a la estampa. Nunca. Y me dijo sus razones, que guardo para mí.

Yo le señalé que había acariciado la idea de componer un libro que pensaba titular, más o menos, «Cómo convivir con trece ministros de asuntos exteriores» (hoy son algunos más). Sería una gran pintura al fresco de la política exterior de España, vista a través de quienes la dirigieron durante cuarenta años, los mismos que yo llevaba en la Carrera. Le hizo gracia el título, y me sugirió un par de variantes divertidas, que más vale no mentar. «Ponte manos

a la obra y yo te ayudaré, porque guardo cartas, informes y papeles que podrán enriquecer y completar tu libro».

«En todo caso —le dije, casi convencido— tengo que esperar a mi jubilación, cuando cuente con el tiempo y la distancia para acometer una tarea que no dejará de ser comprometida». «¿Cuándo te jubilas?», me preguntó. «En marzo del 2005», fue mi respuesta. Y aquí la terrible confesión, que sonó como un trallazo: «pues entonces no te podré ayudar, porque tengo lesiones cerebrales irreversibles, y para el 2005 ya no seré nada». Eran las diez y media de la noche, y estábamos a solas.

«¿Cómo puedes decir eso —protesté—, si te veo lleno de vigor y poderío, con la fuerza de las cataratas del Niágara»? Yo era embajador en Canadá, y fue la primera imagen que me vino a la cabeza, frente a las palabras tremendas que acababa de escuchar. Adolfo me colocó la mano sobre el hombro, con una sonrisa de tristeza y la boca fruncida en un gesto que yo conocía bien, donde se enseñaban las amargas cicatrices de la vida. Luego, en una prueba de confianza, fue desgranando confidencias como si quisiera aliviar su corazón, agobiado por el peso de viejas aflicciones remansadas.

En ese punto se nos acercó el dueño de la casa, que reclamaba su presencia. Era hora pasada de cenar. Dije adiós al Presidente con un estrecho abrazo y me fui caminando hacia mi coche, acompañado por Samuel, a quien comuniqué angustiado lo que acababa de escuchar. Me confirmó que así era, aunque no me dio detalles —ni yo se los pedí— sobre la naturaleza exacta de su mal. Sólo me rogó que no lo comentara. Y no lo comenté. A nadie. Cuatro años más tarde, Adolfo Suárez Illana compareció en televisión española para anunciar a todo el país, con los ojos empañados y la voz cortada por la pena, el alcance de la enfermedad que su padre padecía. Y yo, que estaba en el secreto, quedé en libertad de referir lo que acabo de contar.

Aupado por tales peticiones, entre las que incluyo muy especialmente la insistencia de Carmen, que con tenacidad me animaba a escribir las peripecias que he vivido, paso a ponerme a trabajar en estos temas. Al final de mi carrera, y casi de mi vida, no me mueven otros sentimientos que no sean los de aportar mi directo testimonio sobre unos hechos decisivos que, desde dentro, he podido contemplar. Y rendir homenaje a unos hombres eminentes que marcaron el curso de la Historia, a quienes tuve el honor de conocer. Y hacerlo sirviendo a la verdad.